



EL OBISPO DE JAÉN

HOMILÍA EN LAS ÓRDENES DE DIÁCONOS, JOSÉ Y JESÚS, Y PRESBITEROS, FERNÁNDO Y SAMUEL

S.I. Catedral de Jaén – 11 de octubre de 2025

*Lecturas: Isaías 61, 1-3ª;
Salmo 22; Hebreos 5, 1-10;
Jn 15, 9-17*

Queridos Jesús y Jose, que hoy seréis ordenados diáconos; Fernando y Samuel, que recibiréis el Orden del presbiterado; queridos padres y familiares; querido D. Ramón; Rector y formadores del Seminario; sacerdotes concelebrantes; consagradas y consagrados; seminaristas; amigos todos en el Señor:

Hoy, el Señor escribe una página preciosa en la historia de nuestra Iglesia jienense. Cuatro nombres, cuatro historias, cuatro llamadas... pero un solo Amor que las sostiene; cuatro síes que ensanchan el corazón de nuestra diócesis. Lo que aquí acontece no es sólo para vosotros, queridos ordenandos; es un don para todo el Pueblo de Dios: “vuestra vocación es un don de Dios para toda la Iglesia”, para que muchos se encuentren con la Palabra y el perdón de Jesús, con su mano fraterna y su consuelo.

En este Año Jubilar de la Esperanza, el Señor nos concede contemplar cómo su esperanza se hace carne en la vida de estos hermanos, que hoy nos dicen un sí definitivo.

Queridos hijos, dentro de unos instantes, escucharéis la Letanía de los Santos; os postraréis reconociendo que la misión que recibís no nace de vuestras fuerzas sino de la Gracia; sentiréis sobre vosotros la imposición de las manos y la plegaria de ordenación: ¡Dios os configura y os envía!

Los signos lo dirán todo: a los diáconos se os impondrá la estola y la dalmática – siervos del Evangelio, de la mesa y de la caridad –; a los presbíteros, después de revestiros con la casulla que os han regalado vuestros hermanos seminaristas, se os ungirán las manos con el santo Crisma – tomadas por Cristo para bendecir, absolver, ofrecer y acompañar –. Y todos, diáconos y presbíteros, quedaréis “cosidos” para siempre al altar del Señor y a la vida de su pueblo.

Hemos escuchado en el Evangelio: “Como el Padre me ha amado, así os he amado yo; permaneced en mi amor” (Jn 15,9). Antes de ser elegidos y enviados, sois amados. Esa es la raíz de vuestro ministerio: no una tarea que os coloca por encima, sino una gracia que os pone dentro del Corazón de Cristo. El amor de Cristo os ha ido buscando en los caminos más variados y sorprendentes de vuestra vida.

Jose, el Señor te salió al encuentro en medio de una enfermedad, cuando aquel versículo del salmo 4 —*“En paz me acuesto y enseguida me duermo”*— se convirtió en una experiencia viva del amor de Dios. Él te fue ganando poco a poco, a través de la oración y de la Eucaristía, hasta descubrir que la plenitud no está en “tener”, sino en “entregarse”.

A ti, Jesús, Dios te ha amado con ternura desde tu infancia sencilla en Martos, en el colegio de la Divina Pastora, en tu hermandad de la Veracruz y en tantos momentos donde, sin darte cuenta, Él iba preparando el terreno para este día.

Tu historia, Fernando, nos recuerda que la llamada puede llegar en medio de un futuro prometedor, entre libros y proyectos, pero, sin embargo, el Señor sabe descolocar los planes para hacer brotar algo más grande. Como dijiste, “fui feliz con mucho, pero lo soy más con Él solo”.

Y a ti Samuel, el Señor te esperó en aquel convento de las Hermanas de la Cruz, donde junto al Sagrario descubriste que sólo Él llena el corazón, que todo lo demás era efímero. Allí comenzó el diálogo que hoy culmina en tu ordenación sacerdotal.

Sois, cada uno, historia de amor, no de méritos. Y en vuestras vidas se hace verdad el Salmo que hemos cantado: *“El Señor es mi Pastor; nada me falta”*. Aprended —y enseñad— a vivir desde esta confianza. Dejad que el Buen Pastor os lleve a “praderas verdes”: la Eucaristía diaria, la Liturgia de las Horas rezada con el pueblo y por el pueblo, la Palabra saboreada en la lectio divina, la confesión frecuente. “En valles oscuros” —una enfermedad, una crisis, una incompreensión— sostened la fe en Aquel cuya vara y cayado consuelan. Un sacerdote o un diácono que se sabe amado, ama sin medida; y amar sin medida es el estilo de Cristo.

Hemos escuchado en la segunda lectura: *“Todo sumo sacerdote, escogido de entre los hombres, está puesto para representar a los hombres en el culto a Dios: para ofrecer dones y sacrificios por los pecados”* (Heb 5,1). Dios os ha elegido de entre los hombres y para los hombres. De entre vuestros compañeros de carrera, de vuestros amigos de infancia, de vuestras familias... para ser puente, intercesión, presencia de Cristo que pastorea. Nunca olvidéis que en esta elección hay ternura y hay firmeza que nace del corazón del Señor.

Y, también hemos escuchado en el Evangelio: *“No sois vosotros los que me habéis elegido, soy yo quien os he elegido y os he destinado para que vayáis y deis fruto, y vuestro fruto permanezca”* (Jn 15,16). Esta elección no es privilegio, es servicio; no es ascenso, es descenso a los lugares donde duelen las heridas del pueblo. La elección de Dios os ha ido preparando en las pequeñas fidelidades cotidianas del Seminario, en las parroquias, en la misión, en la vida de oración. Hoy esa elección se vuelve forma sacramental y promesa de fecundidad, si permanecéis en la Vid.

Habéis sido elegidos no por vuestras fuerzas, sino porque el Corazón de Cristo os ha mirado con misericordia y os ha dicho: *“Tú, ven y sígueme”*.

Queridos hijos, ahora, ese mismo Corazón que os ha amado y elegido, os envía.

A vosotros, Jesús y Jose, que vais a recibir el Orden del diaconado, el Señor os confía el servicio de la Palabra, del Altar y de la Caridad. Tú, José, que encontraste a Dios en la oración y en la Eucaristía, sabrás acercar a muchos a ese mismo encuentro. Y tú, Jesús, que aprendiste a amar a Cristo desde la piedad popular, en la cofradía y entre los jóvenes, podrás mostrar que el Evangelio puede vivirse con alegría y sencillez.

Servid la Palabra, proclamándola, creyendo lo que leéis, enseñando lo que creéis y practicando lo que enseñáis. Servid el Altar, cuidando la liturgia, custodiando la belleza y la dignidad de lo santo. Y servid la Caridad, yendo a las periferias concretas de Jaén: enfermos, ancianos, familias rotas, jóvenes sin rumbo, pobres que esperan no sólo pan sino rostro y compañía. Devolved a la Iglesia el rostro humilde del Señor que *“se ciñó la toalla”*.

Y a vosotros, Fernando y Samuel, que vais a recibir el presbiterado, configurándoos con Cristo Cabeza y Pastor, el Señor os envía a ser imagen viva de su entrega y de su misericordia. Tú, Fernando, que has aprendido que sin cruz no hay alegría, el Señor te llama a ser pastor que anime en medio de la dificultad, con paciencia y fe; y tú Samuel, que has conocido desde niño el Sagrario como tu hogar, serás sacerdote que conduzca a muchos a descubrir esa misma presencia escondida y fiel.

Ambos, sois enviados a anunciar, santificar y apacentar (*munus docendi, sanctificandi et regendi*). Anunciad con claridad, evitando ideologizar el Evangelio; santificad celebrando los sacramentos con fe y asombro —que cada Misa sea como la primera y la última—; y apacentad acompañando procesos, discerniendo con paciencia, cuidando a todos, especialmente a los más frágiles. Recordad: la autoridad en la Iglesia es caridad hecha servicio.

Y para todos, tened presente que el fruto que permanece no es obra de estrategias, sino de la savia del Espíritu. Por eso, vuestro envío está llamado a suscitar vocaciones, a edificar comunidades vivas, a abrir caminos de reconciliación y esperanza. Que nadie que se acerque a vosotros se quede sin escuchar una buena noticia, sin experimentar una cercanía, sin recibir una mano tendida. ¡Que el Espíritu Santo entre intensamente en vuestros corazones y os haga servidores inquietos, fieles y perseverantes del Reino de Dios!

Ser enviados desde el Corazón de Cristo es dejarse consumir por el amor. No importa hacer mucho, sino hacerlo con amor y verdad. Por eso, os dejo tres consejos sencillos para el camino:

Cuidad vuestra identidad. Sois configurados con Cristo: no es un rol, es vuestro ser. Sustentad esa identidad en la Eucaristía, la oración, la confesión y la caridad. Sed hombres de altar y de calle, pastores con “olor a oveja” y corazón en Dios; ***estructurad bien vuestra vida.*** Poned a Dios en el centro. La oración os mantendrá en la verdad y os librerá del activismo; y, por último, ***cuidad la fraternidad.*** No caminéis solos. Buscad la amistad sacerdotal y vivid en comunión con vuestro Obispo y con los hermanos, dóciles siempre al Espíritu.

Queridos Fernando y Samuel; queridos Jesús y Jose: gracias por vuestro sí. La Iglesia en Jaén os necesita. Y también os necesita el Señor para que muchos descubran que “nada les falta” cuando Él es su Pastor. Comparto con vosotros esta frase que Sor Ángela de la Cruz decía a sus hijas, y que os invito a que hagáis vuestra: “*Hijos míos, nuestro país es la Cruz, que en la Cruz voluntariamente nos hemos establecido y fuera de la Cruz somos forasteros*”.

Y ahora os miro a vosotros, jóvenes que estáis aquí: quizá en el corazón sentís una pregunta que os quema, una cierta inquietud, una atracción hacia el Señor. No la apaguéis. ¿Y por qué no yo? ¿Por qué no yo para seguir a Cristo de cerca como sacerdote? No esperéis a tenerlo todo resuelto: hablad con el Señor, buscad un sacerdote, acercaos al Seminario, pedid una cita... La Iglesia os necesita. El mundo os necesita. Dios cuenta contigo.

A vosotros queridos padres, queridas familias, gracias por regalar a la Iglesia lo mejor que tenéis: vuestros hijos. Acompañadlos con oración y alegría.

A nuestra comunidad diocesana, os pido que recéis con perseverancia por las vocaciones y que cuidéis a nuestros sacerdotes y diáconos. Y recordad que, si faltan vocaciones no es por debilidad del cimiento —Cristo y su Espíritu no fallan—, sino

porque necesitamos renovar la vida cristiana en familias, parroquias y grupos para que florezcan de nuevo la generosidad y el coraje del seguimiento.

Y termino pidiendo a María, Madre de los sacerdotes, que os lleve siempre de la mano al Corazón de su Hijo; y al Santo Rostro, que os conceda su luz mansa y su firmeza serena.

✠ Sebastián Chico Martínez
Obispo de Jaén